

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 25 de Mayo

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Protección a la mujer madre, pobre o abandonada*, por Dulce María Borrero de Luján.—*Voces de aplauso*, por Enrique José Varona y Fernando Lles.—*Motivos de la semana*, por R. A. Catalá.—*Dar...*, por Flor de Luna.—*La vida encantadora*, por José Fabio Garnier.—*Tablero*.—*Viejecitos*, por Auristela C. de Jiménez.—*Página lírica*, por Francisco López Merino.—*Mayo...*, por Edelmira Lagos.—*Humildes cántaros rotos*, por Carmen Lira.—LA EDAD DE ORO (con lecturas para niños).

Protección a la mujer madre, pobre o abandonada

Señora Presidenta del Segundo Congreso
Nacional de Mujeres:

Señores Congresistas:

Señoras y Señores:

En vuestra sed de justicia, hermanas congresistas, habéis dado al temario que valerosamente proponéis al estudio de todas las cubanas, una extensión verdaderamente pavorosa, de torrente invasor, de río que inevitablemente corre al mar abierto de la igualdad humana, avanzando en tumulto sobre el limo fangoso que los siglos criaron y enraizaron sordamente en su fondo. Y en el curso de este implacable, pero dulce río de dolientes clamores, mi corazón ha creído percibir el acordado grito de algunas voces supremas, cuya imploración se levanta dominándolo todo y vibra, perentoria, en nuestro oído: entre ellos ninguna más desgarradora que aquella que reclama de la conciencia de los justos, amparo y protección para la mujer obrera durante el embarazo y después del alumbramiento, socorro eficaz para la pobre madre abandonada, que, con la flor de su carne marchita sobre el seno, tiene que reemprender el camino de la vida, tallado estrechamente en la montaña de la negra miseria, cayendo a cada paso y levantándose de nuevo para caer más lejos, sin fuerzas y sin fe, hasta dejar definitivamente abandonada sobre la cima impía, bajo el sol compasivo de la Muerte, la corola deformé, la triste flor humana que una ley implacable creó de su olvidada hora de amor...

Sin embargo, esta voz misericordiosa no alcanza todavía a recoger en sí la grandeza de una cuestión cuya amplitud generosa abarca todos los intereses de la maternidad, y los cuales no pueden ser circunscritos al círculo privado de una sola clase de madres dentro de una sociedad, por mucho que ella sea la más necesitada de sabia protección. Si me apresuro a recoger su eco, es para intentar devolverla a vosotras agrandada hasta lo infinito como expresión de un dolor más vasto, encarnizado hasta hoy en el universo glorioso donde la mujer madre—cualquiera que sea su estado y condición—es el personaje atormentado que reclama a la civilización, en esta hora de reajuste de todos los valores morales de la humanidad, el respeto y la consideración que merece.

Confiada en la bondad vigorosa de vuestros corazones, madres generosas de la Humanidad nueva, es que me atrevo a ofreceros hoy la arcilla de mis ideas más íntimas y personales acerca de la más tierna de todas las proposiciones

encerradas en el temario oficial de este Congreso, por si podéis aprovecharla un día en modelar la imagen de una ética universal más justa y menos quebradiza que la que hasta hace muy poco ha regido, sin razón ni equidad, los destinos del mundo. Magna es mi aspiración, y su realización casi imposible; porque para llegar a reflejar en el molde vulgar de la palabra toda la inmensidad, toda la majestad que de la excelsa figura de la madre irradia, a modo de aura purificadora, hasta muy lejos en el círculo de las ciegas edades, sería necesario que nuestro pensamiento ardiese positivamente en el incendio de una divina luz, y que nuestra voz vibrara inextinguiblemente, empapada en las mieles más puras del amor, con la elocuencia de las fuerzas terribles que perpetúan y sostienen la vida. Desposeído de esta fuerza esencial, tendrá, empero, mi acento otra fuerza que muchas veces obra grandes milagros: la fuerza de la sinceridad, que, cuando menos, magnifica la intención de las almas. Sea ella mi escudo al presentar a los fríos aceros de los viejos prejuicios mis creencias desnudas.

¡Ya veis! En Camagüey, la provincia de Cuba donde la virtud tradicional de nuestras mujeres brilla con una intensidad más dulce, más serena, nimbándose las frentes de un halo de pureza más suave y luminoso, la Asociación Femenina, grupo de mujeres eminentemente cultas, insospechablemente virtuosas, consagradas tesoneramente a engrandecerse moral y mentalmente, elevándose sobre la ruindad ambiente por medio de su constante cultivo espiritual, me hace el honor de elegirme su representante ante este segundo Congreso de Mujeres que vuestro inteligente amor preside, y yo no tengo miedo de traicionar su confianza al disponerme a abordar, para tratarlo en todos sus extremos, tema de tal magnitud y trascendencia. Y es porque la tranquilidad de mi conciencia descansa, precisamente, en la suprema esperanza de que nuestra capacidad innata para el bien quedará para siempre a salvo de toda amenaza de decadencia y ruina, cuando una moral nueva, más humana y más fuerte—acaso más rigurosa en el fondo también—venga a librar a nuestra sociedad de las sombras de muchos crímenes callados y de muchas recónditas lacerías que el imperio de la torpe injusticia hace posibles.

Yo os preguntaría: hermanas, ¿quedásteis de veras satisfechas, de veras convencidas de que restituiríais a la madre al trono de su grandeza natural cuando trazatéis en vuestro